



Puerto de Veracruz, Casimiro Castro, 1864.
Litografía en México y sus alrededores.

Castro, Velasco, Posada: Tres miradas sobre el paisaje y el alma de México

ENRIQUE ANZALDÚA URIBE
Departamento de Síntesis Creativa

*E*n ocasión del 30 aniversario del Taller de Dibujo en nuestra División de Ciencias y Artes para el Diseño, considero pertinente acercarnos a tres ejemplos destacados y cercanos a nuestra tradición del dibujo. Me refiero a José María Velasco, Casimiro Castro y José Guadalupe Posada, ejemplos que orientan nuestros conocimientos sobre la disciplina del dibujo, estemos conscientes de ello o no.

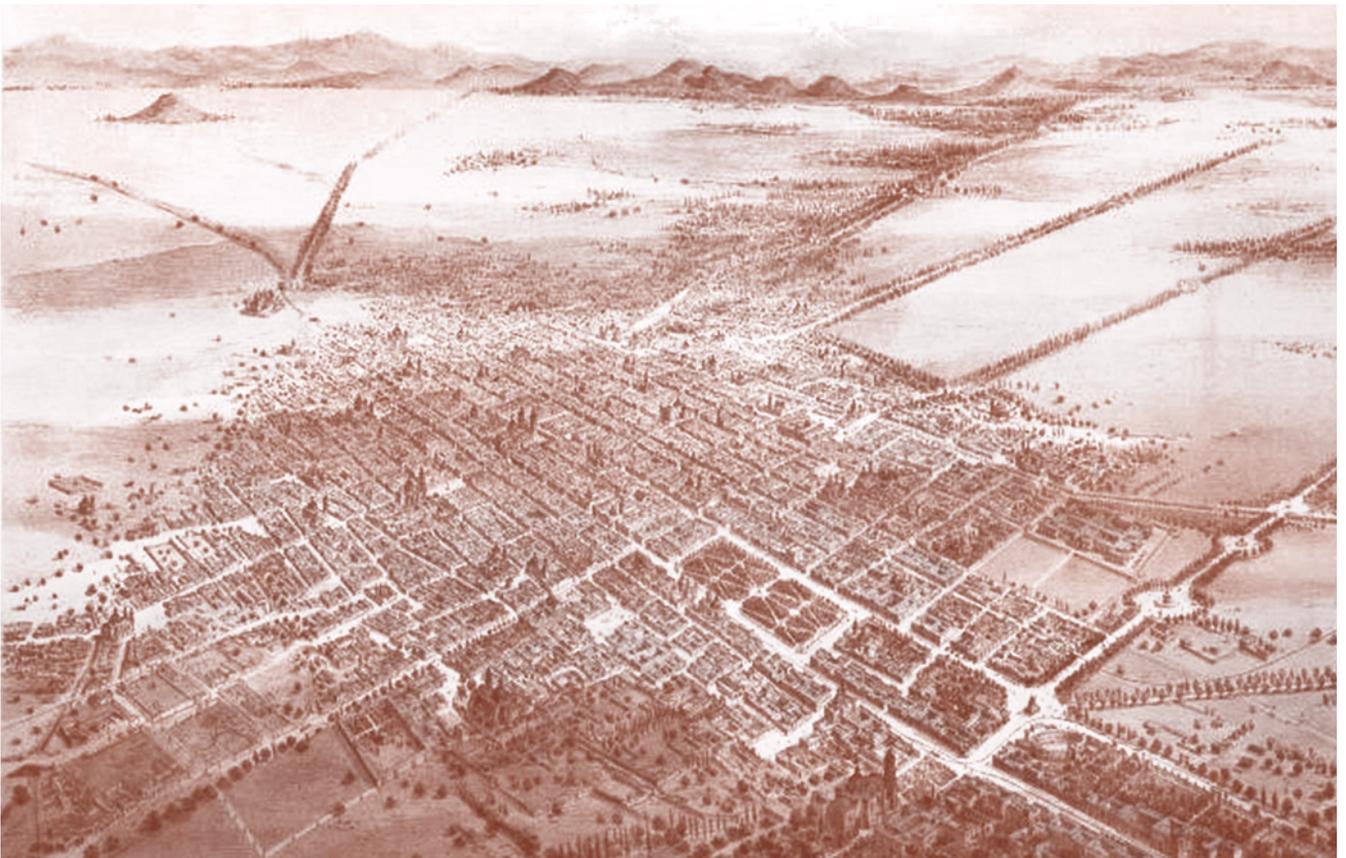
Estos tres maestros, casi contemporáneos entre sí, y tocados o determinados por su interacción con el régimen porfirista, abordan representaciones del paisaje de México y en particular sobre el de su ciudad capital (lo mismo que sobre el quehacer y el sentir de sus habitantes) desde posiciones diferentes, pero complementarias.

El siglo XIX y su impulso modernizador tocaron al mundo y en México ello se manifestó a partir de los avances en cuanto a la comunicación, los cuales permitieron cambios importantes tanto en la literatura como en las ciencias, las artes o las costumbres mismas. Cambios que fueron reflejados también por la sociedad y sus artistas.

Casimiro Castro, litógrafo y pintor (nacido en 1826 en Tepetlaoxtoc, Estado de México) recibió toda la influencia de Claudio Linati de Prevost, quien introdujera al país la litografía; ello en una etapa en la que la técnica misma,

particularmente ante la irrupción de la fotografía, provocaba cambios drásticos en la plástica (es decir, en cuanto a la concepción de imágenes). Las primeras estampas de Castro fueron dedicadas a temas domésticos (como las comidas) y destinadas a ilustrar cuentos en revistas como *El Muse* (1843) o *El Gallo Pitagórico* (1845), o bien novelas como *Los nuevos misterios de México* (de E. Riviére, en 1851). Ello para, finalmente, unirse al impacto modernizador mediante su obra colectiva *Álbum del Ferrocarril Mexicano*. No obstante, más que en sus escenas de fiestas, ceremonias religiosas o cuadros callejeros, donde quiero poner énfasis, es en la calidad de sus litografías aéreas, en particular las que realizó sobre la ciudad de México y sus calles más importantes.

Por una admiración personal, en mi papel de docente dedicado a ejercitar la percepción visual en los alumnos, siempre me suelo preguntar cómo un observador en aquellos



La ciudad de México vista desde un globo, Casimiro Castro, 1855.
Litografía en México y sus alrededores.

tiempos, situado desde un globo aerostático que se balancea todo el tiempo, podía dibujar con más que aceptable realismo todas las diferentes calles, casa por casa, junto con sus árboles, fuentes, etc.; esto porque, dado el caso, incluso como docentes, alguna vez al terminar un ejercicio nos hemos dado cuenta de que al esqueleto que dibujábamos le falta o le sobra alguna que otra costilla. Luego entonces, tal capacidad de retención y de ubicación (lo mismo que de otros de sus predecesores o coetáneos) es simplemente asombrosa. Por otro lado, Casimiro Castro (a diferencia de Velasco y de Posada) será quien se encargue de la representación más llana y objetiva posible de los aspectos de la ciudad porfiriana.

José María Velasco (nacido en 1840 en Temascalcingo, Estado de México), se distingue por tener una formación académica consolidada a partir de su ingreso a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de México, y su

contacto con maestros de la talla de Miguel Mata o Juan Urruchi, pero ante todo con el también italiano Eugenio Landesio (éste discípulo de Carlos Markó, gran maestro de la técnica del paisaje). Si bien, remató su formación al tomar clases de Anatomía impartidas por Manuel Carpio e inclusive otras de Geología en el Palacio de Minería.

En una época en que el tema imperante de los pintores de México era la figura humana (en composiciones religiosas, mitológicas, históricas, etc.), haber dedicado la mayor parte de sus obras a la representación de la naturaleza, lo coloca como un innovador de la pintura y la ecología de su época.

Pero Velasco crece ya con los poderes oficiales muy afianzados y nos muestra una ciudad de México hermosa, limpia, estable, incluso diríase idílica, donde remanentes del lago de Texcoco y espaciosa tierras son cobijadas lo mismo que por un transparente cielo, por una



Valle de México desde el Cerro de Santa Isabel, José María Velasco, 1884.



Valle de México, José María Velasco, 1883.

muy publicitada prosperidad oficial que ocultan o disfrazan la realidad de una sociedad en crisis por la desigualdad y explotación de las diferentes clases sociales. Con esta última afirmación no pretendo restarle ningún mérito estético, académico o técnico ni mucho menos artístico, pero sí quiero dejar en claro que Velasco presentó a la ciudad vista desde sus alrededores, como si esa modernidad reflejada en el campo se correspondiera con la paz y el bienestar que se derramaba por todas partes. Esto porque, como dice W.J.T. Mitchell, quien investiga el concepto del efecto (el efecto del sol, la niebla, la humedad, el bienestar social etc.): "se puede pintar con el poder de los ojos o con los ojos del poder."

Y en cuanto a los aspectos técnicos, también en Velasco son admirables su capacidad de observación, los detalles de luz y sombra, los colores quemados de pasto y tierra, lo mismo que la transparencia y la lejanía del aire. Es un gran pintor sin duda y refleja en su pintura sus conocimientos de la botánica, su maestría alcanzada por la práctica y su talento personal para ver.

¿Pero quién sería el artista que mostraría la ciudad por dentro?, sin duda este será José Guadalupe Posada (nacido en 1852 en Aguascalientes). Se forma inicialmente en la Academia Municipal de Dibujo de su ciudad natal y posteriormente entra como aprendiz al taller litográfico de Trinidad Pedroza y pronto publica algunas de sus primeras caricaturas de crítica política en *El Jicote*, si bien también copia imágenes religiosas. Ya como todo un maestro de la litografía laborará un tiempo en León, hasta que después de la fuerte inundación en aquella localidad en 1888, hubo de trasladarse a la Ciudad de México, en donde siguió aprendiendo del oficio y forjando su leyenda como colaborador de Antonio Vanegas Arroyo, hasta lograr poner en pie su propio taller.

Para cuando él produce su obra, en el entorno ya no hay solamente casas bellas ni puentes cruzados por una poderosa locomotora, ni campesinos rechinando de limpios. Tampoco sucumbe al asombro del crecimiento de las avenidas o la proliferación de edificios deslumbrantes. No obstante, Posada nos ofrece (a cambio) una visión o mejor dicho una



La gloriosa campaña de Madero, José Guadalupe Posada, c. 1910.
(Nota: Véase si en realidad se ve aquí la gloria o un presagio del fracaso).

sensación de lo que en aquellas ciudades, y específicamente en la Capital, pasa; y más que del paisaje o de tipos populares inmutables, nos habla ahora de las virtudes y miserias humanas de sus pobladores. No observa solamente las formas exactas de las cosas o de las personas (como Casimiro y Velasco), sino que observa con gran atención, ante todo, su condición, su pasado e incluso el más acertado posible “futuro” de su ciudad, sus gobernantes y gobernados.

Recupero como mejor ejemplo de lo que aquí brevemente expongo la litografía titulada “La gloriosa Campaña de Madero”, la cual plantea a los espectadores de aquel entonces (e incluso a los de ahora) la tarea de observar si en esta escena en realidad se ve un momento de gloria para el pueblo o el presagio de un insuperable fracaso...

Es por ello que afirmo que la de Posada es otra forma de ver. Esa que debe seguir importándonos en nuestra práctica docente y personal: ver la parte con el todo relacionado.



REFERENCIAS

- Castro, Casimiro. *México y sus alrededores. 1855-1856*, México, Establecimiento Litográfico de Decaen, 1967.
- Instituto Nacional de Bellas Artes, José Guadalupe Posada. *Exposición-homenaje. Catálogo de exposición*. Textos de Arsacio Vanegas Arroyo, Adrián Villagómez Francisco Díaz de León, Luis Cardoza y Aragón, Antonio Rodríguez, Fernando Benítez y Carlos Monsiváis, México, Museo del INBA, 1980.
- Rodríguez García, Cristina et al., *El grabado historia y trascendencia*, México, UAM Xochimilco, 1989.
- Velasco, José María. *José María Velasco. Homenaje nacional 1840-1912*, María Elena Altamirano Piolle (ed.), México, Museo Nacional de Arte, 1993.